

Sobre la muestra de Marisa Rubio en la galería Mite.

Por Gastón Camarata

Te obliga, como todo arte, pero este en particular te obliga más y te obliga distinto a muchos niveles. Quizás sea por la disposición del espacio, su altura y su configuración, los elementos que hacen de esta instalación una experiencia física y emotiva. Te obligan a preguntas muy íntimas, recorrer la obra de Marisa Rubio es una tarea compleja pero, si hay una constante, es que siempre cuestiona el yo y la individualidad de los sujetos. En esta muestra están más acentuados lo lírico y lúdico, rascando fibras muy profundas de la magia que es la sustancia más abundante de este momento de ebrios y equilibrista, naufragos y soñadores, de fantasmas y encantos, de dos, tres y cuatro dimensiones donde todo se ubica en un orden crítico que se vuelve más nítido a medida que se adentra en el trazo de este asteroide que orbita un sistema solar lejano. Y hasta ahí se llega entregándose a la demencia.

Lo oscuro, tan oscuro que hasta la sombra te abandona y empieza a ser parte de un todo que te llega de a pedazos.

Y ahí están unos postíng pegados en la pared con los dibujos elementales, tanto que podrías pensar que son mezquinos, que es poco, pero sin embargo están llenos de emociones, de las simples emociones directas, darle un beso a tu hijo e la mañana, Emociones de las que están por todos lados. Todos los vas descubriendo con el tímido as de luz de una linterna que tomas de una ensaladera al entrar, pesas a recorrer los dibujos y doblando están las bailarinas. "El valet cósmico a comenzado" esa es la frase que se me vino a la cabeza en el primer instante y me vino con la voz de Leonard Nimoy.

[...]